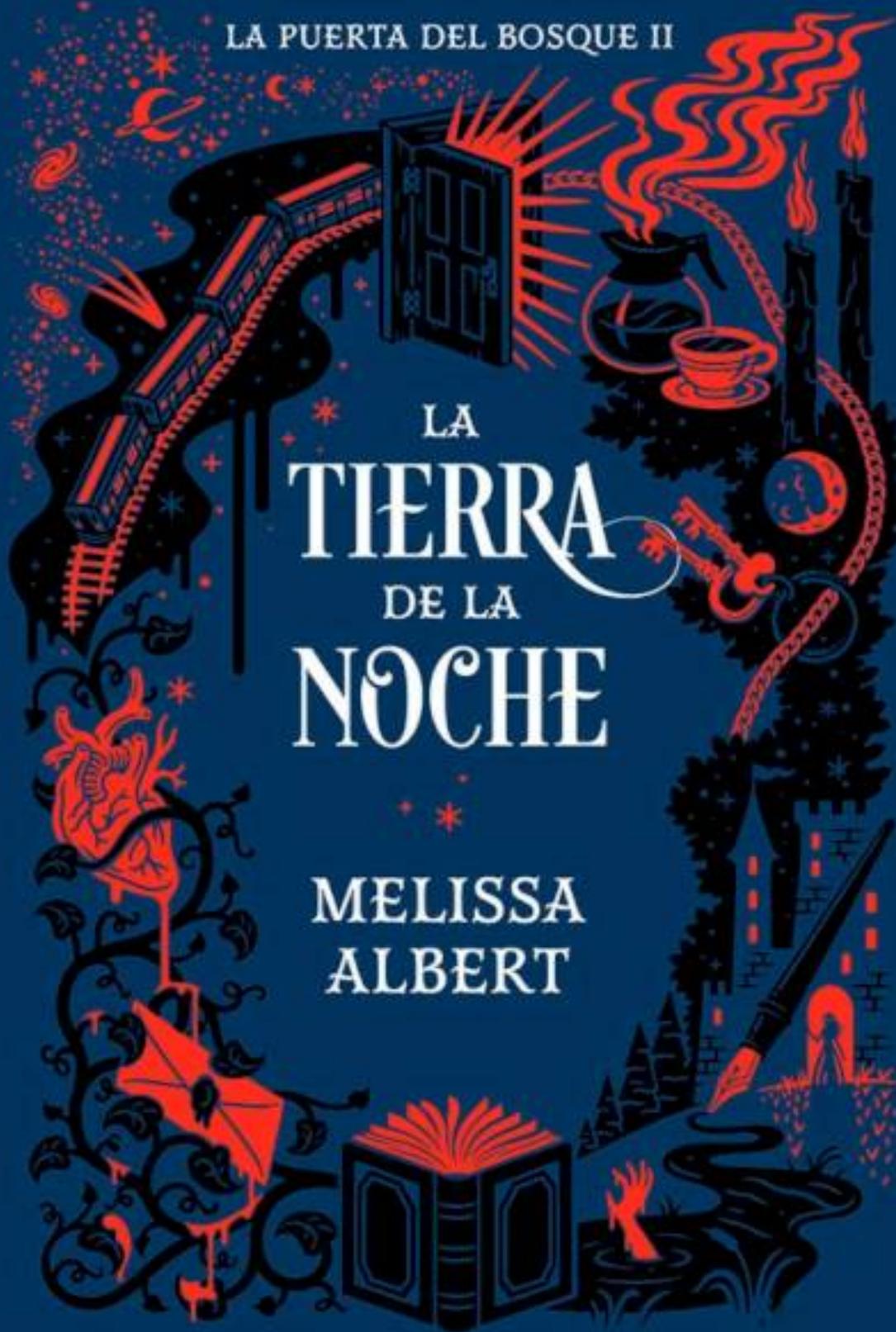


LA PUERTA DEL BOSQUE II

LA
TIERRA
DE LA
NOCHE

MELISSA
ALBERT



El segundo libro de este original cuento de hadas: emocionante, fascinante y conmovedor a partes iguales.

¿Tienen los personajes que huyen de sus cuentos la oportunidad de un final feliz?

El bosque de avellanos era solo el principio...

Había una vez una niña llamada Alice Triple, una princesa vengativa en un sombrío cuento de hadas. Ahora, es solo Alice, tratando de llevar una vida alejada de la magia en Nueva York. Sin embargo, algo acosa a los supervivientes de Interior... y ella sospecha que sus muertes podrían tener un objetivo muy turbio.

Mientras tanto, Ellery Finch, el compañero que la ayudó a escapar de Interior y a dejar atrás el oscuro legado de su abuela está cada vez más cansado de sus viajes a través de dimensiones alternativas, y descubre que sus pensamientos regresan a su hogar... y a Alice.

A MICHAEL Y MILES,
LOS ÚNICOS Y GENUINOS

Me encanta la compañía de los lobos.

ANGELA CARTER

. 1 .

Tenía dieciocho años, súmale o quítale un siglo de cuento de hadas, cuando me besé con alguien por primera vez.

Estaba en el último curso de un instituto de Brooklyn, donde me había matriculado poco después de dos caóticos años en el Interior. Ansiaba la normalidad, ansiaba la rutina. Para ser sincera, me veía con un jersey color verde hoja y estudiando en una biblioteca forrada de madera, algo que me dio vergüenza reconocer más tarde, cuando me encontré leyendo *El corazón es un cazador solitario* bajo los parpadeantes fluorescentes de nuestro instituto, siempre falto de recursos. Lo único que hacía que todo aquello fuese soportable era Nieves Blancas.

Quizá «soportable» no sea la palabra adecuada. Ella era lo único que hacía que la situación fuese «interesante». Irritante sería otra forma de decirlo.

Nieves era una exHistoria, como yo, otro despojo del Interior. De ojos grandes y constitución de bailarina huesuda, con el pelo negro que se movía sin cesar como los juncos en el agua. Tenía una de esas caras que parecen hologramas, diferentes según el ángulo desde donde las mires, de las que dan ganas de escudriñar hasta haber descubierto todos sus secretos. De las que, cuando por fin te das cuenta de que nunca adivinarás qué esconden, ya te han robado la cartera del bolsillo o el reloj de la muñeca.

A los chicos les gustaba Nieves. No solo a los chicos, pero era con ellos con los que salía, bueno, con los que tenía una especie de «no citas» deprimentes en las que se dedicaban sobre todo a beber y dar vueltas. Durante un tiempo, dejé que me arrastrara con ella, porque hubo una

fase en la que sentía que nada de lo que hubiera en la Tierra podría herirme. Me sentía valiente, pero también implicaba que estaba a un par de clics de sentirme abotargada, «inhumana», y quería apartar esa sensación a toda costa.

Total, que una noche estábamos junto al río. Al otro lado veíamos el resplandor geométrico del Distrito Financiero y yo me puse a contemplar todas las ventanas pequeñas como cabezas de alfiler, recordándome que detrás de cada luz podía haber una persona y que cada persona tenía una historia y que la ciudad estaba llena de gente cuya vida no tenía nada que ver con la mía. Supongo que con eso pretendía sentirme menos sola, pero en lugar de eso acabé pensando que ninguna de esas personas, ni una sola, podría entender qué era yo ni qué había visto ni de dónde procedía. Los únicos que sí podían, Nieves entre ellos, estaban destrozados. Algunos se habían roto como el cristal, en añicos relucientes, pero otros se habían ido resquebrajando hasta acabar convertidos en piezas polvorientas que la ciudad barría de un plumazo. Estaba un poco borracha de Coca-Cola con alcohol caliente y me preguntaba en cuál de esas categorías acabaría convertida yo. Sentía tanta lástima por mí misma que debería haberme dado vergüenza.

Uno de los chicos de Nieves (esa noche nos acompañaban tres, dos que tal vez le gustaban más uno que se había apuntado) se sentó junto a mí. Era uno de los principales, bastante guapo, con dos líneas afeitadas en la ceja. Eso significaba algo, pensé, pero no me acordaba de qué.

Nos quedamos un minuto entero sentados en silencio.

—¿Sabes qué? A veces te miro.

Ese comentario no merecía respuesta, así que no dije nada.

—Eres callada, pero eso me gusta. Tienes un alma profunda, ¿a que sí?

Sonrió ante su propio comentario, de esa manera con la que sonríen los tíos cuando dicen cosas falsamente

emotivas que creen que harán que las chicas se quiten la ropa allí mismo. Que no me hubiera besado nunca con nadie no quería decir que no me sonara ya esa canción.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eres tan pequeña —dijo de un modo críptico. Desde luego, se había leído el manual hasta el final—. Pero lo sé, tienes un alma profunda.

—Si te soy sincera, ni siquiera sé si tengo alma —contesté mirando el perfil de la ciudad—. Si el alma es lo que nos hace humanos, entonces lo más probable es que no la tenga. A menos que el alma sea algo que puedes construirte, es decir, *a posteriori*. Y no creo que lo sea. Así que: no tengo alma. Te lo digo para que veas por qué esa frase para ligar no va a funcionarte conmigo.

Era lo más sincero que le había dicho a alguien desde hacía mucho tiempo y casi lo único que había dicho en toda la noche. Pensé que quizá se levantaría y se iría, o que se confundiría y me llamaría zorra. En lugar de eso, sonrió.

—Joder, eres rara de cojones —dijo.

Luego me besó.

No fue tan sencillo. Primero me puse tensa, luego agaché la cabeza y la aparté. Al final, volví a mirarlo e intenté ponerme de pie, porque no había pillado mi tremenda indirecta.

—Espera, espera —me pidió entre risas.

Me pasó un brazo por la cintura y el chico era tan fuerte que el hecho de retenerme sentada pareció un gesto natural. Yo no tenía miedo exactamente, pero tampoco me podía apartar de él aunque quisiera. El aliento le sabía a Coca-Cola y ajo, y tenía la lengua áspera, como la piel muerta.

La parte de mí que lo habría matado por eso, en un tiempo remoto (que habría convertido su sangre en hielo con solo tocarlo), siseó dentro de mi pecho. La parte del Interior que había en mí se había secado y evaporado, apenas quedaban restos. Quizá habitara en el lugar que

debería haber albergado mi alma, si hubiera sido humana de verdad. Ahora, en el fondo, no era ninguna de las dos cosas (ni del Interior, ni humana) y el chico aplastó la cara contra la mía de tal modo que me costaba respirar.

Entonces, de repente, me puse a jadear como si me faltara el aire y él empezó a gritar y los puntos de su piel que había frotado contra la mía se humedecieron con un sudor frío. Tardé un confuso segundo en entender qué estaba viendo: Nieves lo había agarrado por el pelo para apartarlo de mí y luego lo había tirado al suelo. Le dio dos patadas, eficaces y bien elegidas, mientras los amigos de él decían «¡mierda!», pero no hacían nada para ayudarlo. Durante todo ese tiempo, Nieves mantuvo el cigarrillo encendido en la boca, como si no valiera la pena ni dejar de fumar para deshacerse de él.

Al final, le puso la zapatilla de deporte sucia en la garganta. Debió de apretar bastante fuerte, porque él intentaba soltar toda clase de tacos pero no se oía nada. Cuando trató de quitársela de encima agarrándola por la pierna, ella dio un paso atrás y le arreó otra patada, luego se agachó y lo miró a la cara.

—Te morirás antes de cumplir los treinta —le dijo antes de echarle el humo a los ojos. No lo dijo como una amenaza, sino como un hecho—. En un accidente. Rápido, por lo menos. Si eso te consuela.

Entonces sus amigos sí lo ayudaron a levantarse y llamaron a Nieves loca y cosas peores, pero se aseguraron de no acercarse mucho a ella.

—¿Qué? —repetía el chico, con la cara teñida de miedo—. Pero ¿de qué hablas? ¿Por qué me has dicho eso?

Nieves no contestó, se quedó mirando cómo se largaban con el rabo entre las piernas, gritando insultos por encima del hombro.

Cuando se marcharon, se dirigió a mí.

—¿Ese capullo es el primero que te ha besado?

Puede. En cierto modo. Por lo menos, en esta versión de mi vida. Era demasiado complicado para entrar en detalles, así que me limité a asentir con la cabeza.

Se arrodilló junto a mí, me puso las manos en los hombros y me dio un beso en la boca. Sabía a humo y azúcar, y por debajo noté una cosquilleante corriente de color verde eléctrico que debía de ser el último rastro del Interior, o la clase de magia que le permitía, todavía, mirar a la gente y saber cosas que no debería saber. Como, por ejemplo, cuándo y cómo iba a morir alguien.

—Ya está —dijo mientras se apartaba—. Olvídate de ese tío. Este ha sido tu primer beso.

En eso es en lo que me gusta pensar cuando pienso en Nieves Blancas. En esa pequeña y esperanzadora prueba de que no todo lo que hacían los habitantes del Interior estaba destinado a hacer daño. Pero no pertenecían a este mundo y no había vuelta de hoja. Las fracturas que provocaban eran pequeñas, pero muchas fracturas juntas pueden derrumbar una ciudad.

Y, si ellos no pertenecían a este sitio, yo tampoco. Éramos depredadores a quienes habían soltado en un mundo que no estaba hecho para comprendernos. Al menos, hasta el verano en que nos convertimos en presas.



. 2 .

Un día después de que muriera Hansa la Viajera, yo estaba sentada en un húmedo auditorio de Brooklyn, asfixiada dentro de una toga de poliéster.

Nieves se había matriculado en el instituto conmigo, pero no había llegado hasta la graduación. Apenas había durado un mes en el centro. Había rumores contradictorios acerca de por qué la habían echado: pequeños hurtos; vandalismo no tan pequeño; un lío con un profesor; su terrorífica confianza, fruto de un cerebro antiguo y unos deseos de muerte escalofrantes que se removían dentro de la carcasa de una adolescente.

Esa razón fue la principal, creo yo, pero todas ellas eran una de las posibles versiones de la verdad. Tal vez me hubiera ido con Nieves de no haber sido por Ella. Mi madre, incandescente de orgullo al ver a su hija recibir el título de graduada. Había conseguido aprobar por los pelos, había recibido un par de menciones en educación física y había recogido una toga azul almidonada en la secre-

taría que siseaba como un vestido de fiesta y sentaba como un hábito.

Era un domingo de junio opresivamente caluroso cuando crucé el escenario para llegar al director con su pila de diplomas falsos, porque los de verdad los enviarían por correo electrónico. Sentí algo extrañísimo mientras me acercaba a él: orgullo. Lo había logrado. ¡Había conseguido algo! Había escapado con mucho esfuerzo del bucle de los cuentos fantásticos, había bajado la cabeza y había conseguido algo que no estaba pensado para mí. Paseé la mirada entre el auditorio y busqué a Ella con su vestido de fiesta negro y sus botas de cordones nada acordes con la estación del año.

La encontré casi al fondo, con los dedos en la boca, lista para silbar. Levanté la mano para lanzarle un beso al aire y entonces vi a la mujer que había sentada justo detrás de mi madre. Tan cerca que, si alargaba la mano, podría tocarla.

La mujer tenía una melena de un rojo sangre tan brillante como una gorra de mozo de estación, y ocultaba los ojos tras los cristales ahumados de unas gafas de sol de puesto ambulante. Sonrió cuando se dio cuenta de que la miraba y se inclinó hacia delante hasta que casi rozó el hombro de mi madre con la mejilla. Entonces sacó un dedo y lo dobló. «Ven aquí».

El ambiente del auditorio se enrareció un poco cuando las dos mitades de mi vida se acercaron y se repelieron como dos imanes por el mismo polo. Regresé trastabillando a mi asiento y de pronto me sentí estúpida. Volví la cabeza hacia ellas una vez sentada, pero no vi nada por encima del océano de birretes de graduación.

La mujer era del Interior. Se llamaba Daphne y era el motivo por el que me había apartado del camino de otras exHistorias desde hacía meses.

Los aplausos me sacaron de mis pensamientos. Había terminado la ceremonia y mis compañeros se reían y grita-

ban como si hubieran hecho algo grande. Por un segundo, yo había sentido lo mismo.

Corrí al vestíbulo en cuanto me liberé para buscar a Ella. La encontré sonriéndome de oreja a oreja por detrás de un ramo de hibiscos azules.

–Oye, oye –dijo cuando la agarré y la abracé muy fuerte.

–Hola. ¿Estás bien?

–¿Que si estoy bien? Estoy pletórica.

Se separó un poco, pero no me soltó. Aunque me había dejado crecer el pelo y me lo había teñido más oscuro, seguíamos sin parecernos en nada. Es curioso qué cosas pasamos por alto cuando no queremos verlas.

–Bueno, ¿y qué hacemos ahora? –Estaba casi demasiado eufórica–. Yo me he puesto un vestido y tú te has puesto... ¿Qué llevas debajo de la toga?

–Eh... es que hoy tocaba colada.

Hizo una mueca.

–No sé qué quieres decir con eso, pero yo llevo vestido y no pienso desaprovecharlo. Elige un sitio bueno, que nos vamos a comer juntas. ¡Tomaremos helado!

Tendría que haberlo hecho. Tendría que haber impuesto una sonrisa y haber dejado que mi madre me llevara a comer y tomar helado para celebrar el día que ninguna de las dos creíamos que llegaría jamás. Pero no pude. Porque Daphne estaba allí. Se había puesto al alcance de la mano. Y la necesidad de saber qué quería de mí era como una astilla clavada en la piel.

–¿Y mañana? –pregunté de forma abrupta, sin dejar de observar la sala por encima del hombro de Ella. Cuando vi que se ponía triste, añadí–: Hoy tengo que trabajar. Se me olvidó decírtelo. ¿Vamos mañana?

–Vale.

Se forzó a sonreír para camuflar su verdadera expresión, cosa que me dejó claro que se había oído mi menti-

ra barata. Luego me cogió de nuevo para darme otro abrazo.

–Gracias por venir –murmuré.

Me sacudió por los hombros con cariño.

–Soy tu madre. No me des las gracias por estar aquí. Pero vuelve enseguida después de trabajar, ¿de acuerdo? Hoy encargaré comida para llevar de la buena.

Me puso las manos frías sobre las mejillas. Después, se dio la vuelta con rapidez y se perdió entre la multitud sin volver a mirar atrás. Eso también era nuevo: cuando notaba que se iba a desmoronar, Ella cortaba por lo sano. Eso siempre me dejaba con una sensación de abandono, arrepentida por no haberla abrazado un poco más. Ojalá no le hubiera mentado y ahora estuviéramos yendo juntas a un restaurante de postín. Pero lo había hecho y no íbamos a ir, así que, en cuanto se marchó, yo también me dirigí a la salida.

Pensaba que Daphne estaría esperándome, pero no la vi. Las familias moteaban la calle, hermanos que se daban golpes y madres con pintalabios veraniego y padres con pantalones de color caqui que miraban el móvil. Pululé entre ellos como un espectro. Cuando pasé por una papelería, me quité la toga y la tiré. El cielo estaba despejado y bajo, de un modo que hacía que creyeras que estabas dentro de él, cuando no era así. Y se notaba algo en el ambiente, una sensación de espera. Como si el retazo de ciudad en el que me hallaba fuera un ratón y la garra de un gato pendiera en el aire justo encima.

Ahora las cosas eran distintas, me repetí. Nuestras vidas habían cambiado. De no haberlo hecho, habría dado otro nombre a esa sensación: la sombra de la mala suerte.

He aquí una historia que no me gusta contar.

Empezó un día feo de la primavera pasada, glacial y tan brillante que olía a asesinato. Llegué tarde a una reu-

nión de antiguos habitantes del Interior, con la melena recién lavada convertida en estalactitas de hielo. Cuando me enteré de que hacían esas reuniones semanales para exHistorias inadaptadas, en la segunda planta de la consulta de una vidente, donde también había una tienda esotérica, de la Avenida A, pensé que me habían salvado... de la soledad de ser singular. De ser la criatura más rara que conocía. Y es cierto que las reuniones me salvaron. Pero también me liaron la cabeza. Evitaron que pudiera esforzarme demasiado, supongo, en ser normal. Que dejara de verme con tanta naturalidad, porque ¿quién iba a esperar mucho de una chica creada para vivir en un cuento fantástico y que ahora trataba de inventarse una vida sin magia?

Estaba acostumbrada a meterme en el mismo cajón de sastre que otras lunáticas exHistorias. Incluso los que me resultaban insoportables eran a la vez tan reconfortantes como el papel de pared viejo; bebían café instantáneo y parloteaban de una cosa u otra semana tras semana. Pero aquel día, una mujer que no había visto antes se sentó delante de todos. Tenía la belleza dura y pintada de un retrato de Egon Schiele: de labios oscuros y piel pálida como el papel, con un pelo de heroína perfecta que se mecía y se ondulaba por su espalda de un color rojo plano. Estaba en un taburete alto con las rodillas levantadas y unas mangas que le llegaban por los codos. Se puso a hablar. Su charla transformó el ambiente adormilado de la habitación en algo crepitante.

—Aquí somos unos infiltrados —comentó—. Y siempre lo seremos.

Dentro hacía muchísimo más calor que fuera y yo no paraba de sudar debajo de todas mis capas de ropa. Intenté desembarazarme del abrigo mientras mantenía en equilibrio una taza de café a rebosar. Pero el fervor de sus palabras me dejó de piedra.

–Este mundo es un lugar gris. Un lugar de vidas pequeñas y desperdigadas. Desordenadas. Feas. Caóticas. –Apoyó un puño en la rodilla–. ¿Y nosotros? ¡Nosotros deslumbramos! Destacamos en esta grisura como un lazo rojo.

Su voz era una droga. Densa como la niebla, frotaba su espalda contra nuestros oídos igual que un gato. La gente se acercaba cada vez más a ella, se calentaba las manos con su ferocidad. Incluso yo: me daba rabia reconocerlo, pero también despertó algo en mí.

Entonces miró a alguien sentado a sus pies, un chico con quien yo no había hablado nunca. Siempre tenía la cabeza gacha y no paraba de mover los labios, sin hacer ruido. Sospechaba que la mayor parte de su mente continuaba atrapada en su cuento roto.

–¿Qué eras tú? –le preguntó–. Cuando estabas en el Interior, ¿qué eras?

No podía ver la cara del muchacho, pero sí vi el pánico en sus hombros al levantarse.

–Era un príncipe. Hechizado por una bruja de dientes de león y sangre, para embaucar a una princesa. –Miró alrededor con nerviosismo–. A veces todavía noto el sol del Interior sobre mi piel. Oigo los insectos que susurran en el barro. No comprendo por qué sigo siendo un chico.

La mujer lo miró con una ferocidad impresionante.

–No lo eres. Eres magia, de la cabeza a los pies. Todos lo somos. Deberías estar orgulloso.

Entonces había levantado la mirada y había clavado los ojos en mí.

–No somos como las criaturas creadas en este mundo. No estamos hechos para «degradarnos» y mimetizar con ellos. Vivir una vida humana es olvidar quiénes somos. Olvidar quiénes somos es ser enemigo de nosotros mismos. Y enemigo del resto. –Luego añadió, señalando a un hombre con un ajado jersey blanco tejido a mano–: Tú, levántate.